

tocados por la divina gracia, se convirtieron y redujeron á penitencia, después de haber estado treinta y más años envueltos en sus vicios y pecados con riesgo de su condenacion eterna.

El P. Jenaro María Cutinelli¹, hablando de la mision que se dio en el Carminiello, dice: «Tengo presente una escena brillante de pública piedad en la mision de Nápoles, que por orden del Venerable Siervo de Dios y con la bendicion del Ordinario se dio en la iglesia del Carminiello en el Mercado, en la cual yo mismo tomé parte entre el número de los catequistas, é hice los fervorines el día de la comunión.»

El P. José, con el corazon rebotando de alegría al ver avivarse en los fieles la fe, y convertida la ciudad en un trasunto de la primitiva iglesia, no pudo contener su celo y pasaba gran parte del día en el confesonario oyendo á los penitentes. Acercósele entre otros un pobre pescador, ya anciano, y llamándole á parte, le dijo: «Ya que vosotros habéis vuelto á Nápoles, vuelvo yo tambien á confesarme:» y refirió que en su juventud acostumbraba confesarse con los Padres de la Compañía, y que cuando los desterraron, se fue á otro confesor, el cual, oyéndole á medias, con aire algo duro y con tono así como de enfadado le despidió. «Mucho fue,» añadió, «lo que me enojé: y sin más ni menos le maldije, y prometí á San Jenaro no volverme á confesar hasta que volviesen los jesuitas á Nápoles: y aquí estoy pronto á cumplir mi palabra.» Al oír la relacion el buen Padre, con amoroso semblante empezó por darle á conocer suavemente su error y el peligro en que se había puesto de perder su alma para siempre; y animándole á que confiara en la misericordia de Dios, le exhortó á confesarse. Hízolo el buen pescador con tantas lágrimas y con expresiones de dolor tan vivo, que jamás pudo el P. Pignatelli recordar y referir aquel caso sin conmoverse.

Los efectos demostraron que la conversion había sido sincera; pues al despedirse del Padre, le dio mil gracias por su fina caridad, y «mañana,» le dijo, «traeré á mi mujer, que en

¹ *Process. Neapol.*, fol. 721.

lo tocante al alma está lo mismo, si no peor, que yo; y por sugestion mía no se ha confesado desde que se fueron los jesuitas: pero en lo sucesivo os prometo, Padre mío, mudar de vida y venir con mi mujer cada quince días.» Como lo prometió, lo cumplió en efecto; y cuando los dos supieron la expulsion de los Padres, fueron á confesarse con su P. Pignatelli, quien les dejó útiles documentos, y los recomendó á la direccion de uno de los que, por no estar comprendidos en el decreto, se quedaban en Nápoles.

No fue menor el celo que demostró con un penitente suyo, sacerdote, por nombre Francisco de Lucía¹, el cual atribuyó á particular providencia el haber topado con tan santo director. En él halló cuanto su alma podía desear, y se le aficionó tanto, que nunca le dejaba ni podía dejarle. «Con su direccion espiritual,» dice, «sentíame fuertemente atraído á amar á Dios y á vivir como convenia á mi estado sacerdotal; y él se consolaba en gran manera al ver que yo, ayudado de la gracia, secundaba sus esfuerzos..... Muchas veces en el acto de confesarme me preguntaba si me hacía escrúpulo tal y tal cosa: y realmente eran tales estas cosas que en mi corazon veía él, que aunque yo no las recordaba, ni si las recordara, sintiera de ellas escrúpulo; sin embargo al traérmelas él á la memoria, reparaba yo que en realidad eran cosas de las cuales debía tenerlo.» Añade el buen sacerdote, que el P. Pignatelli «era el sosten y el ojo derecho de la Compañía en Nápoles.»

Juan Caccionile, que de jovencito servía en la casa de los condes de la Acerra, y en ella había conocido al P. Pignatelli cuando fue á Nápoles el año de 1797, en que Juan solo tenía trece años, testifica que al reponerse la Compañía en Nápoles, él y algunos otros criados de la casa, le escogieron por confesor; y se deshace en alabanzas de la destreza con que el Padre los dirigía: se hace lenguas de los acertados consejos que les daba, y del celo activo é incansable con que se dedicaba á escuchar á los

¹ *Process. Neapol.*, fols. 759-765.

penitentes en el confesonario. Finalmente con esta ocasion se extiende en lo muy mortificado que era el Siervo de Dios, y confirma cuanto de sus asperezas deponen los demás testigos¹.

Pero continuemos nuestra historia. Aproximábase el día 3 de Diciembre, designado para la solemne y pública instalacion de los Padres en el colegio máximo. El día 4.º de Diciembre², antevíspera del Santo, terminada ya la mision, debía llevarse procesionalmente la estatua de San Francisco Javier desde la catedral al Jesús Viejo: sesenta jesuítas estaban allí para asistir á la procesion; mas sobrevino una lluvia tan abundante y continua, que no fue posible hacerla. La estatua, acompañada de los PP. Angiolini y Pignatelli, fue llevada en una carroza del rey á la iglesia del colegio.

Domingo, día 2, cantáronse vísperas solemnísimas. La iglesia estuvo adornada con todo el primor y hermosura que fueron posibles. La música fue excelente, composicion de Paesiello, casi toda nueva y apropiada al objeto, compuesta por pura devocion del autor, quien no quiso admitir por ello retribucion ninguna. Fue tal la concurrencia, que el ayuntamiento, no pudo penetrar en la iglesia, teniendo que entrar por una puerta interior del colegio. Á cierto punto de las vísperas el presidente del senado ó ayuntamiento presentó al P. Angiolini, que hacía de preste, una hacha de cera, como parece se acostumbraba hacer ántes de la expulsion.

Llegó finalmente el día 3, fiesta de San Francisco Javier. Pasaban ya de ochenta los Padres y Hermanos que aquel día estaban allí reunidos. Por la mañana gran número de sacerdotes seculares acudieron á celebrar la santa misa en la iglesia. Los reyes, que se hallaban en el sitio de Caserta, vinieron de allí con toda la real familia á posta para asistir á la fiesta, cosa nunca vista: millares de fieles se acercaron á la sagrada comunión. Á la misa solemne asistieron tres cardenales, que á la

¹ *Process. Neapol.*, fol. 850 y siguientes.

² P. LUENGO, *Diario*, Tomo 38, pág. 341 y siguientes.

sazon se hallaban en la ciudad, celebrando uno de ellos de pontifical: el ayuntamiento quiso tambien honrar el acto con su asistencia. El predicador, P. Salvatore, derramó abundantes lágrimas, y su discurso las arrancó de los ojos del numeroso auditorio, que estaba pendiente de sus labios. La misa, composicion tambien del célebre Paesiello, fue cantada por veinte y cinco voces acompañadas de cincuenta instrumentos.

Por la tarde la corte, precedida de la tropa, se dirigió en carroza al templo, donde fue recibida por los ochenta Padres colocados en hileras. Se cantó un solemne *Te Deum*, durante el cual rebosaban de gozo y alegría los fieles, y más que todos las personas de la real familia. Después de la funcion, al salir el rey y al subir á su carroza, el pueblo en altas voces pidió á Su Majestad entregara á los Padres la iglesia del Jesús Nuevo, pues la del colegio no había podido contener el numeroso concurso aquel día. Debiendo el rey y su comitiva pasar por la plaza del Jesús Nuevo, el jefe de los *lazzaroni*, á quien pertenecía el templo, acompañado de muchos millares de los suyos, suplicó al monarca que al Jesús Nuevo añadiese el Carminiello, la otra iglesia construída por los *lazzaroni*.

Tal fue el entusiasmo de que dio muestras el pueblo de Nápoles en aquel venturoso día. Ántes y después de la fiesta trataron los reyes con los jesuítas con particular cariño, satisfaccion y llaneza, en especial la reina, que no se cansaba de llamarlos hijos y de asegurarles que quería ser su madre. Tan solemne fiesta la celebró la comunidad con una comida, en que se sirvió poca cosa más que lo ordinario de cada día, sin permitir el P. Pignatelli que en la mesa se hablara. No faltaron entre los no incorporados quienes se ofendieran de esta conducta del Padre José: pero él, sin hacer caso de nadie, estaba firme en su propósito de fomentar desde los principios la más estricta observancia regular. Desde este tiempo fue más fácil en admitir españoles en la nueva provincia de Nápoles.

Desde que los Padres empezaron á ejercer públicamente los ministerios como jesuítas, procuró con mucho empeño que en

todo procediesen con grande modestia y edificacion. En el celebrar en público el santo sacrificio era en lo que mayor compostura y recogimiento exigía. «Cuando algun sacerdote secular,» dice Nicolás Ricciardi¹, «no edificaba en el celebrar, ora por precipitarse, ora por ser muy largo, le despedía sin admitir excusa de ningun género, como yo vi una vez. Y si algun Padre se entretenía demasiado tiempo, le mandaba decir la misa en la capilla doméstica.»

En esto, como en todo lo demás, el Venerable daba á todos ejemplo: porque cuando celebraba en público, aunque hacía larga y fervorosa preparacion, y después daba gracias por buen espacio de tiempo; mas no pasaba de media hora el que empleaba en la celebracion del santo sacrificio: y era cosa de grande edificacion ver el fervor, gravedad y recogimiento con que estaba en el altar², sin que en lo exterior mostrase singularidad ó afectacion.

Cuando quería soltar las riendas á su devocion, y gozar cumplidamente de los inefables consuelos con que el Señor le regalaba, recogíase á la capilla doméstica. Entonces «empleaba mucho tiempo en decir la misa,» dice Pablo del Gaudio³, «y la decía con tal fervor, que al alzar de la hostia y del cáliz, parecía levantarse de la tierra, como lo observé una vez que se la ayudaba.»

Parecidos á este eran los favores celestiales que recibía al visitar al Santísimo Sacramento, lo que practicaba muchas veces al día. «Una tarde,» dice Rafael Niola, á la sazón novicio⁴, «entre la oscuridad apenas iluminada por la débil luz que despedía la lámpara del Sacramento, observé distintamente cierto resplandor en el rostro del Venerable, que estaba arrodillado é inmóvil. Este su éxtasis,» añade, «me impresionó tan fuerte-

¹ *Process. Neapol.*, fol. 563.

² *Ibid.*, fols. 977, 1109 y 671.

³ *Ibid.*, fol. 966.

⁴ *Ibid.*, fol. 1028.

mente, que después de cuarenta años, que han trascurrido, conservo fresca la impresion en mi ánimo todos los momentos, con la misma viveza con que me impresionó entonces.»

Instalados ya por fin definitivamente los Padres en el colegio y trasladada la universidad á un sitio, llamado Monte Olivete, tomó muy á pechos el P. Pignatelli la restauracion de los estudios: para lo cual escogió los profesores más eminentes en ciencia y virtud, que formasen á los jóvenes no menos en las letras que en las cristianas costumbres.

Para lectores de teología escolástica fueron destinados los PP. Vicente Rossi y Roque Menchaca; para la teología moral el P. Ramon Aguirre, de ilustre nacimiento y no vulgar saber, que en la universidad de Pamplona y Valladolid había explicado teología con general aplauso; de la historia eclesiástica se encargó el P. Francisco Gustá¹, autor de muchos y muy eruditos volúmenes; de la lógica y metafísica el P. José González; de las matemáticas el P. Virgilio Cavina; de la física el P. Francisco Azpuru; y la prefectura general de estudios se confió al Padre Andrés Ferreira, portugués.

En las escuelas inferiores fueron maestros de retórica los PP. Melchor del Giúdice y Carlos del Balzo; y de humanidades el P. Ángel Mai². «Fijóse,» dice el P. Zalenski³, «el día 7 de Enero de 1805 para la apertura de las clases: solo trescientos pretendientes pudieron examinarse el primer día; y el tercero se contaron ya ochocientos admitidos; llegando luégo su número á mil quinientos, con más cincuenta, que por falta de local fueron excluidos.»

De la edificacion con que procedían los alumnos externos, es buen argumento el siguiente caso, que trae el P. Luengo.

¹ Así el P. BOERO. Segun el P. LUENGO fue uno de los dos profesores de teología escolástica. (*Diario*, Tomo 39, pág. 12.)

² Enseñaron tambien letras y gramática los Padres españoles Vicente Requeno, Manuel Arieta é Inocencio González. (P. LUENGO, lugar citado.)

³ *Los Jesuitas de la Rusia Blanca*, Tomo III, Lib. V, Cap. 1.

Dice así: «Una expresion, y más propiamente honesta curiosidad de la Reina, es una prueba segurísima de la extraordinaria impresion y casi pasmo, que ha causado en la gran corte de Nápoles aquel ejército de niños que ha acudido á aquel estudio nuevo del colegio del Salvador, y cierto aire de piedad y de modestia, que en tan corto tiempo le han sabido imprimir aquellos jesuitas. Tanto oía hablar la Reina de la multitud y compostura de aquellos estudianticos, que quiso verla por sí misma; y llevando consigo á su segundo hijo Leopoldo, se puso una mañana en tal sitio, que les vio desfilar cuando iban á la iglesia á oír misa, ó cuando volvían de ella: y tuvo un gusto particularísimo en ver que no le habían exagerado la cosa, y que era cierto todo lo que le habían dicho sobre este asunto, como ella misma lo aseguró á los Superiores¹.»

Los profesores del colegio formaron muy pronto una escogida biblioteca con el considerable número de volúmenes, que iban trayendo á Nápoles los Padres que se agregaban á la Compañía. «Solo el P. Roque Menchaca,» dice el P. Luengo², «llevó desde Bolonia cuarenta y dos cajones de libros, y su conduccion le costó más de trescientos duros. El P. Pignatelli llevó veinte y seis ó veinte y siete cajones: muchos de sus libros eran sumamente exquisitos y raros, y de gran valor y precio, los cuales se había hecho venir de Francia, Inglaterra y Alemania. Es de creer que otro tanto hizo el P. Juan Andrés: y todos los demás contribuyeron con sus librerías á la formacion de aquella rica biblioteca.» Esta conducta imitaban los demás jesuitas no agregados; los cuales al morir solían legar á los napolitanos no solamente sus librerías, sino tambien sus ahorros.

De la cuestion de las pensiones da cuenta el autor del Diario con estas palabras: «Se ha negado [la pension] ó suspendido por lo menos á seis ó siete que se han hecho jesuitas en Nápoles y cobraban la pension en Roma: y andan tan prevenidos en esto,

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 14. Día 13 de Enero 1805.

² *Diario*, Tomo 39, pág. 220.

que tenía en su mano D. Gabriel Duran, de quien recibimos la pension, lista de los que han ido á Nápoles, y aun de dos que no han ido todavía, si bien están determinados á partir presto; y al fin viéndoles presentes en Roma, se les dio la pension. Segun el tiempo que ha pasado desde que empezaron los españoles á hacerse jesuitas en Nápoles, pudiera haber venido orden ó instruccion de la corte de Madrid sobre este asunto. Pero no ha venido, como se entiende con toda evidencia por la resolucion del baron Capelleti, comisario en las Legacias, de dar la pension á los de su departamento, que se han venido á Nápoles; y protesta que se la irá dando como á los demás, mientras que de la corte no se le ordene lo contrario¹.»

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 39, pág. 3.